ROUTE, hebdomadaire de la FIJL en France

Année VI — Prix 12 frs. — N° 203

Rédaction et Administration
4, rue Belfort, Toulouse (Hte.-Gne.)

6 août 1949

GIROS a
PABLO BENAIGES
C-C Postal n° 1328-79 TOULOUSE (Hte.-Gne.)

Precio de suscripción: trimestre, 150 frs.; semestre, 300; año, 600

3432
B.D.I.C

Ruta

órgano de la F.I.J.L. en Francia

"La C.N.T. no necesita revalorizarse; son quienes se han apartado de sus principios, a los que les urge hacerlo y si alguno se ha comprometido de tal forma que no le es dable el hacerlo... que tengan valor e ingresen en alguno de los partidos que por ser políticos cubren sus aspiraciones. Lo que no deben hacer es proseguir su obra devastadora.

¡Alerta amigos! Vuestra posición es propicia a confusiones funestas"

(De «Solidaridad Obrera», de Barcelona, órgano de la Regional Catalana de la C.N.T., en su número 17 (extraordinario) del día 19 de julio de 1949.)

Editorial — La verdad cuando la dicen los otros

Cuando se inició en nuestra Prensa la vibrante campaña en pro de los españoles concentrados en Karaganda, suscitóse en los libelos obedientes a la batuta de Moscú una verdadera algarabía de gallos. Nuestras denuncias, de oir a los servidores del Kremlin, eran un amasijo de mentiras amañadas por los servicios del imperialismo anglosajón. Se nos trataba de vendidos al imperialismo del dólar y de la libra y se hacía, para remate de fiesta, una exaltación apologética del «paraíso soviético».

Se llegó al colmo del cinismo y al desparpajo inaudito presentando a los soterrados en Karaganda como elementos del francofalangismo, como reaccionarios a sueldo del fatídico régimen español.

Nos sabemos de memoria el doble socorrido de presentar a Rusia como el edén del socialismo y como reaccionarios de la peor calaña a cuantos se niegan a comulgar con las ruedas de molino de la propaganda soviética.

En aquella ocasión, el esfuerzo desplegado por los órganos publicitarios comunistas obtuvo una fácil victoria sobre los espíritus pusilánimes, llegando al extremo de encandilar y de apabullar a la fauna ministeril del sistema republicano español. La historia registrará a este efecto desafecciones vergonzosas, signos de cobardía inconcebibles. El gobierno español en el exilio, por temor a enemistarse con los jerifaltes de Moscú, que habían ordenado a algunos de sus Estados satélites un reconocimiento estratégico de la legalidad republicana, escondió la cabeza debajo del ala, consintiendo, plegándose mejor, ante una de las más falaces difamaciones de nuestros tiempos.

La Prensa de estos días acaba de publicar un documento considerado incontrovertible. Se trata de la copia fotoscópica del trabajo «correctivo» soviético.

En dicho código se deja constancia de la base esclavista del régimen soviético, basado en el trabajo forzado, en el desprecio de la libertad humana, en el abuso de la fuerza, en la crueldad, en la tortura y en la negación de todo derecho ciudadano.

Nazistas y fascistas no llegaron a tanto. Ha tenido que triunfar la llamada dictadura del proletariado, ha tenido que producirse una revolución marxista para que una quinta parte de la humanidad retrocediera veinte siglos en la historia del mundo.

¿Qué cabe esperar ya del Estado? La experiencia debe ser definitiva. La conquista del Estado no será jamás la conquista de la libertad, sino la esclavitud lisa y llana. El Estado es sólo una presa para los aventureros. El Estado es un instrumento de dominio que empuja a los hombres hacia la edad de las cavernas. El Estado proletario ha retrotraído a la sociedad a los tiempos de la esclavitud, al aniquilamiento físico y a la guerra.

¿Acabarán los trabajadores que nutren las filas del comunismo estatólatra por darse cuenta? El problema de la libertad no tiene otra solución que la propia libertad. Quienes pregonan la disciplina y la camisa de fuerza del Poder como «solución providencial», deben quedar aislados como perros rabiosos. Sólo el sentido libre de la vida, el principio humano y el federalismo social, puede acabar con la pesadilla del Estado y de la tiranía.

LA IGLESIA CATOLICA y su política sindical

Por Bernardo POU

En todos los países y en todos los tiempos, la Iglesia católica se ha esforzado en minimizar la lucha social revolucionaria. Y en España más que en parte alguna, porque ha sido y es el país de Europa donde el clero ha tenido mayor carta blanca para combatir al progreso social. Con su «Acción Popular», desde la encíclica «Rerum Novarum» de León XIII, los curas en España han venido perpetrando los peores crímenes contra los trabajadores; sin embargo pretenden no inmiscuirse en las cuestiones sociales, a pesar de que los hechos y los documentos demuestran lo contrario.

La encíclica «Rerum Novarum» ordena al clero seglar emplear una táctica nueva para contrarrestar al sindicalismo revolucionario:

«La sociabilidad del hombre.— La experiencia que hace de la exiguidad de sus fuerzas le obliga y le empuja a buscar una cooperación extranjera. De esta propensión natural, como de un mismo germen, nacen la sociedad civil primero, después en el seno mismo de ésta, otras sociedades que por ser restringidas e imperfectas, no por eso son menos sociedades verdaderas.»

Y, en el «Motu propio» del 18 de diciembre, de 1903, Pío X insiste sobre la acción social católica y declara:

«¿Cuáles son las instituciones que deben promoverse? Vuestra industriosa caridad lo decidirá. Las que se designan con el nombre de sindicatos nos parecen de la más grande oportunidad. De nuevo os recomendamos un cuidado especial para su constitución y desarrollo.» Esto lo dice el Papa en una carta dirigida al presidente de la Unión Económica Católica de Italia en febrero 1907; son palabras que no ofrecen duda sobre la posición del clero en la vida social.

Los comunistas, doce años más tarde, darán otra consigna de mediatizar a los sindicatos para fortalecer la acción del Partido, los católicos ellos prefieren constituir sindicatos confesionales frente a las organizacioes de lucha de clases, pero en el fondo las dos posiciones se confunden unos años más tarde (1936) por la boca de un Maurice Thorez, que pide el abrazo de los católicos. Dos confabulaciones que coinciden en asesinar la verdadera Revolución Social.

En la primera decena de este siglo, el sindicalismo revolucionario penetró en el estadio de la lucha social revolucionaria con toda la impetuosidad de una clase social expoliada, es cuando el clero tomó sus posiciones en las barricadas reaccionarias.

El obispo de Arras Lobbedey, define la acción sindical: «La organización profesional es bien un hecho deseado, y necesitado por alguna ley de nuestro ser, porque tiene el triple carácter de los hechos de la naturaleza.

»**Es fatal:** imposible, en efecto, viviendo en el mismo territorio, ejerciendo una misma profesión, el no buscar aproximarse los unos de los otros para ayudarse, sostenerse mutuamente, para proteger sus intereses comunes y defender más eficazmente el legítimo ejercicio de todos sus derechos;

»**Es universal:** porque en todas partes donde la tendencia innata de los hombres no ha sido comprimida por la violencia, se ve a las personas unidas por el medio geográfico y las mismas condiciones de vida, ansiosas de procurarse las ventajas de una acción ya no desperdigada, sino ejercida en concierto.

»**Es incoercible:** en el sentido que, pudiendo ser contrariado o combatido no llega jamas a ser enteramente maestrado.

»Las leyes positivas no tienen por qué conferir el **derecho sindical** (como si éste no estuviera ya concedido por la naturaleza); éstas únicamente deben reconocerle. Aun menos les es permitido el buscar destruirle. «Una sociedad civil que prohibiría las sociedades privadas, dice León XIII, ella misma se atacaría, puesto que todas las sociedades públicas y privadas extraen su origen del mismo principio: la mutual sociabilidad del hombre.»

Cuando León XIII hablaba de esta forma se refería a los sindicatos propiamente dichos. En efecto, después de haber glosado las antiguas corporaciones obreras, declaraba que entre las «instituciones» a crear, «en primer lugar pertenece» a estas corporaciones, y notaba expresamente que debían «adaptarse las corporaciones» a las «nuevas condiciones» de la vida y de las costumbres, y concluye». «Por eso vemos con placer que en todas partes se constituyen sociedades de este género, bien sean **compuestas de obreros solos o mixtas,** reuniendo a la vez a patronos y obreros; es de desear que aumente su número y se desarrolle la eficacidad de su acción.»

A estas palabras pueden añadirse las palabras pronunciadas en el primer Congreso Internacional de los descargadores de muelles, tenido en Amberes, el 17 de octubre de 1911, por el cardenal Mercier:

«Los obreros están muy dispersados, y tienen el deber de reunirse para discutir sus intereses profesionales y para defenderlos... Vuestra fe, mis amigos, no os impone soportar los rigores de vuestro destino sin buscar de aliviarle. Debéis aplicaros en los medios de mejorarle; los obreros en general, y los del muelle en particular, no comprenden suficientemente cuál es su deber en el terreno social; querréis que vuestra situación mejore.

«No son las ideas, ni las plegarias que pueden ayudaros: hay que añadir la acción sindical.»

Esto es contundente, son palabras formales, documentos que testimonian que la Iglesia católica, mina la acción revolucionaria de los sindicatos tanto como la minan los comunistas estalinianos y marxistas en general.

Por la universalidad de la Iglesia, se sabe que las mismas tácticas, las mismas acciones y actuaciones se perpetran en todos los países según la psicología de la política dominante en el Gobierno. Por eso en España, es más trabucaire que en otros países; la actuación social del clero español es de sangre, desde el famoso Comité de Acción Popular, la Asociación Carlista, los Sindicatos Libres, la Falange Española, el pueblo español ha sido el conejillo de indias de la reacción mundial patrocinada por los ensotanados y las gentes reclutadas en los bajos fondos sociales, en la hez de la sociedad.

TRALLAZOS

Por J. MUÑOZ CONGOST

II

«Somos libres, cuando nuestros actos emanan de nuestra personalidad entera, cuando ellos la expresan, cuando tienen con ella ese indefinible parecido que se encuentra a veces entre la obra y el artista.»

(Henry Bergson 1889.)

Muéstranse orgullosos los ingleses de «sus libertades»; hablan con énfasis los franceses de su país, «patria de la libertad»; pónense como campeones de ésta los yanquis... y del otro lado de las actuales barricadas internacionales, lanzan sus consignas al mundo, con la palabra libertad eternamente en sus labios, los moscovitas.

Pobres afirmaciones de unos y otros ante la definición de la libertad, concreta, sin disimulos, que Bergson nos da en las líneas que preceden como lema, estas digresiones.

Ni ingleses, franceses, yanquis ni rusos son libres, bajo ninguno de los regímenes actuales; ni en tanto que la multiplicidad de los actos diarios que el hombre realiza los haga bajo la presión de órdenes emanadas del poder legislativo, los hombres serán libres.

Al despertar de la Revolución francesa, qu ellevara en el frontispicio de sus creaciones el enunciado de «Libertad, Igualdad, Fraternidad», con el nacimiento del mito democrático del «poder por el pueblo, para el pueblo y en nombre del pueblo», la habilidad del entonces Tercer Estado o burguesía—según nos dice Kropotkine—, supo aprovechar del empuje brutal y sincero de los descamisados, del pueblo, para lograr, no ya la plasmación vital de estos principios, sino aquellos logros de clase o casta que habíanse fijado de antemano, cerrando así el ciclo histórico de la aristocracia, de la realeza, y del pod r feudal para abrir la era política de la burguesa.

Y la hábil maniobra de ésta, desviando los cauces de la Revolución, barrió de la vida popular las posibilidades de libertad que el momento encerraba.

¡Cuántos actos de nuestra existencia, hoy, no obedecen a la libre determinación del individuo, sino a convenciones establecidas por un cuerpo restringido de legisladores!

La libertad no existe en el mundo social presente, y sólo una convulsión semejante a la Revolución francesa—llevada a cabo con la eliminación de los turbios y eventuales aprovechadores de la misma—sería capaz de poner en manos del hombre la ocasión de lograr sus libertades íntegras.

Para esto—y de ello habremos de ocuparnos de forma más detenida en otro trabajo—la decisión es necesaria. Hasta tanto el hombre se decida, que no se pretenda libre quien desde que nace hasta que muere vive más o menos sujeto a esa interminable serie de complicaciones convencionalistas que imponen la ley escrita, la moral establecida, los dogmas religiosos y, reminiscencias de costumbres ancestrales.

No. No somos libres, y casi podríamos afirmar que la mayoría de los hombres temen el serlo, por la responsabilidad propia que la libertad implica en el individuo.

No somos libres por cuanto que vivimos obligados por las circunstancias materiales a llenar una faceta de la misión productora, no desacorde quizás con nuestras propias inclinaciones. No somos ni seremos libres en tanto que este angustioso problema material nos imponga la esclavitud del salario, del pan de cada día, como una maldición que nos ata, sea a periodicidad impuesta por la jornada del trabajo, sea a las exigencias de profesiones más o menos liberales, en cuyo desarrollo, la hipocresía, la falsa sonrisa, el amaneramiento con que se llevan a cabo en ocasiones, no encubren sino el hastío, el cansancio, o el desprecio incluso para aquellos a quienes se acoge con las normas que la llamada «cortesía» exige.

No somos ni seremos libres, en tanto no sepamos desligarnos de cuantos convencionalismos, hijos de una moral desuela, constituyen la base misma de la convivencia humana.

En tanto que sigamos consintiendo que los actos más íntimos de nuestro vivir hayan de ser refrendados por extraños, ni sea posible decisión individual alguna sin el visto bueno de un tribunal de hombres, que como hombres nos juzguen no seremos libres.

No lo seremos, en tanto consintamos que esos mismos tribunales juzguen conductas en nombre de la justicia, habiendo preestablecido sobre el papel ese concepto bien variable y circunstancias

(Pasa a la segunda).

ANARQUIA Y REVOLUCION

Por Octavio Alberola S.

Existen actualmente en el Movimiento Libertario, ciertas tendencias vagas e imprecisas, representadas por elementos que ya no se sienten anarquistas y que están dominados por una especie de nostalgia autoritaria que les hace patrocinar métodos y criterios de conducta, en contraste con el espíritu antiautoritario de la Anarquía.

La existencia de estas tendencias en nuestros medios es ya vieja, pues ya en los últimos años de la vida de Malatesta comenzaron a aparecer con suficiente fuerza, lo que motivó la natural reacción de este gran luchador libertario. Ahora, pasados bastantes años de su muerte, y después de haber vivido y observado algunas de las experiencias revolucionarias que han realizado diversos pueblos, en los últimos tiempos, es cuando debemos reaccionar, más que nunca, contra ellas, reafirmando en nuestro Movimiento los verdaderos principios que le dieron origen y razón de ser.

El anarquismo no es contrario a la revisión y al análisis de sus principios. Es más, constantemente debemos investigar, tanto en la doctrina anarquista, como en la diaria vida social, buscando superar nuestras concepciones y propósitos; pero esta revisión debe tener un carácter libertario, anárquico en su seno, y nunca podrá ser en un sentido autoritario, para regresar a formas ya superadas y cuya validez en el terreno social ha sido siempre nula.

La Anarquía, como una aspiración humana a la existencia integral del individuo en la vida social, ha sido, es y siempre será la máxima aspiración a la libertad. Por esto es, que nosotros, que amamos la libertad, la nuestra y la de todos, nunca podremos, ni debemos tampoco imponer nuestras ideas a los demás por la violencia, cuando no las acepten por voluntad propia.

Ya Malatesta y muchos otros, años atrás, tuvieron que oponer su enérgica actitud ante estas tendencias desviatorias del ideal ácrata, que arraigan principalmente en aquellos individuos de temperamento pasional, que no saben sujetar sus conductas a los dictados de la conciencia y la razón; o también en aquellos que no han sabido desprenderse del prejuicio autoritario, y que aspiran a mandar en la triunfante revolución.

Lo peligroso es que estos individuos que forman número en nuestros medios y agrupaciones afines, hacen malograr todas las experiencias libertarias que se quieran realizar, ya que poseídos únicamente por la sed de vengenza y la envidiosa ambición de colocarse en el lugar que ahora ocupan los que actualmente son sus amos crean en los albores revolucionarios olas de terror y autoritarismo, cayendo posteriormente en el parlamentarismo, en donde bien pronto son orillados por su ineptitud y estupidez, como sucedió en la malograda revolución española.

Según ellos, todos los que queremos que nuestras conductas sean fiel reflejo de nuestras concepciones ideológicas, sólo sabemos hablar de anarquía, libertad, amor y confraternidad; pero que a la hora de hacer la revolución no sabemos hacer nada práctico y útil para el triunfo de la misma. Sólo ellos saben cómo hacerla y consolidarla. Pero el error capital que, aunque disimulado, hay en la medula de las concepciones de los que esto afirman, es creer útil una autoridad gubernativa cualquiera en la revolución e ilusionarse en la posibilidad de educar a la gente para la libertad por medio de la coerción, mientras la verdad es todo lo contrario. Y los que sostienen este error se las dan propiamente de «gente práctica». Pero, como ocurre muy a menudo, los que más se vanaglorian de ser prácticos y d eno perderse en sueños, son los que más sueñan cosas imposibles.

Claro está que todos estos seudoanarquistas olvidan o confunden el valor real de la palabra gobierno. No hay que tomar ésta en un sentido genérico y restringido, como sinónimo de administración privada o nacional, sino en el específico, «en el sentido histórico y político de la palabra, tal como es generalmente comprendido y aceptado, es decir, un individuo o grupo de individuos que detentan el monopolio y el mando de una fuerza armada, y se sirve de ella para imponer su voluntad al pueblo»; como decía Malatesta en uno de sus artículos al respecto.

Lo que no hay que olvidar es que si la Anarquía tiene razón de ser y valor como la única forma real de alcanzar la felicidad humana, es debido a que, tanto en el terreno teórico como en el práctico, se ha demostrado que todas las formas de organización social que no se basen en la libertad individual y la equidad económica, conducen fatalmente al autoritarismo, sumiendo siempre al pueblo en la esclavitud económica y

(Pasa a la segunda).

"Soleares"

Por J. Carmona

«Y en la guitarra, resonante y [trémula,
la brusca mano, al golpear, fingía
el reposar de un ataúd en tierra.»

Antonio Machado.

Estamos solos. Todos los españoles del mundo estamos solos. Por eso recordamos. Nuestra existencia es tan solo recuerdo. Todas nuestras expresiones son un amasijo de coraje, nostalgia y recuerdos, muchos recuerdos. Combatimos por ellos, para volver a ellos.

Nuestras expresiones son siempre íntimas, muy íntimas. Porque estamos solos. Soledad es sinónimo de intimidad, y la intimidad es en nosotros un depósito inagotable de recuerdos. Y los que a todo esto debemos añadir la lejanía, esa lejanía involuntaria que por serlo se hace sentir doblemente, nos sentimos místicos sin querer.

Los españoles hemos sido siempre místicos. Por eso no nos ha comprendido nunca nadie enteramente. Hoy lo somos más que nunca. Por eso el mundo nos mira con mayor extrañeza. Somos lo que sería el quejido de unas «soleares» entre dos orquestas de estrépito americano. Ayer éramos indiferentes, porque en el fondo cada español llevaba el convencimiento de una vida propia. Hoy no nos queda más que eso último. La indiferencia del mundo nos molesta y nos hiere. Necesitamos al mundo. Buscamos la ayuda del mundo para rescatar esa vida propia. Pero nuestro cante «jondo» sólo nos conmueve a nosotros mismos. Al mundo le extraña y le fatiga. No puede comprender que el bordón de nuestra guitarra está hecho con fibras de nuestras propias entrañas. Por eso, sólo a nosotros nos conmueve en lo más hondo de ellas.

Necesitamos al mundo y por él andamos, trovadores peregrinos, no poco número de españoles. Traduciendo, en lo que de traducibles tienen, nuestros cantares, para mejor ser comprendidos .Otros hay que siguen lanzando «jipidos» de indiferencia—que ahora es histerismo—desde las grietas más profundas del terruño, en el golpear de la brusca mano sobre la trémula guitarra, se adivina ya el reposar de un ataúd en tierra. Y esta vez el sonido finge. Es efectivamente eso.

Todos los españoles del mundo estamos solos. La soledad es mala compañera del hombre. Para el español lo es mucho más, porque ha quedado sólo a fuerza de no querer estarlo y sabe hallar la compañía que necesita en ella. Si al menos fuera capaz de morir a causa de la soledad. El instinto de conservación le sacaría presto de ella. Pero no, el español sabe vivir por «soleares» y ésta es su mayor tragedia.

Vivir por «soleares» no significa callar sino gritar. Gritar muy fuerte, sabiendo de antémano que nadie quiere oirte. Es el grito instintivo del hombre que se sabe sólo, abandonado a sus propias fuerzas y a su propio coraje. Por eso el español grita tanto, sabiendo por anticipo que nadie desea oirle. El grito del español es muy profundo, demasiado «jondo» para que los hombres de otras tonalidades no se sientan molestos. Se dirige y hace vibrar partes demasiado sensibles del espíritu, para ser escuchado con placer por aquellos que se esfuerzan en insensibilizar esas cajas de resonancia. Nuestros gritos resuenan únicamente en nuestro propio ámbito y los ecos terminan por aturdirnos. Quizás sea ya hora de que el español calle, aprenda a vivir no tan sólo por «soleares» sino por «bajini».

Quizás, después de todo, no les contamos nada que les interese. Aunque a nosotros se nos imagine que nuestros cantares tienen trascendencia universal. Quizás todo lo que expresamos se reduce a la copla de «la mare muerta». Y aunque todo el mundo tiene madre, no todo el mundo la quiere como nosotros la queremos, como nosotros la entendemos.

Hemos hecho de nuestra soledad algo demasiado expansivo. Le contamos al vecino que nuestra mujer nos ha abandonado, para hacernos la ilusión de que le mentimos. Y olvidamos que, posiblemente, el vecino nos la esconde en su casa y se burla de nosotros. La expansión es una virtud únicamente mientras es comprendida, mientras se desenvuelve en un ambiente de sinceridad y comprensión. Pero los españoles estamos solos. Solos en medio de un ambiente insensible a nuestras confidencias. Somos un crespón de luto en una boda. En lo que se les imagina boda.

Momento hubo en el que cantamos por «alegrías» y nos comprendieron menos. Aquello también era hondo, demasiado hondo. Callemos, pues. Entonemos nuestras «soleares» muy bajito, para nosotros solos. Que no puedan aturdirnos nuestros propios ecos. Día ha de llegar en el que al recordar nuestros lamentos de hoy, tengan una palabra de comprensión para nosotros. La Humanidad tiene grandes momentos de dolor. El dolor despierta sensibilidades muy profundas, tanto como nuestras «soleares».

B.D.I.C

ANARQUIA Y REVOLUCION

(Viene de la primera)

estatal. Otorgándole al individuo un poco de poder sobre otros individuos, llega a creerse necesario e insustituible, y a desear para sí todo el poder posible, creando intereses a su alrededor que lo consoliden y fortifiquen.

Por esto es que los anarquistas negamos el falso valor del gobierno y lo combatimos. Combatiremos siempre a todas las tendencias que vean en la creación de un gobierno—llámese así o no—, una solución a los complejos problemas sociales, y mucho más combatiremos a los que patrocinen la formación de una dictadura sin declararla tal, con la cual los anarquistas tendrían que imponer por la fuerza a los demás las propias ideas y las propias soluciones prácticas en el curso de la revolución.

Y para replicar a los que con aparente buena fe sostienen esto, digamos junto con Malatesta que «dado que anarquismo significa librtad, imponer la anarquía significa tanto como obligar a la gente a ser libre por la fuerza, obligarla por la fuerza a hacer... ¡lo que quiere hacer sin ella! ¿Quién no ve el absurdo de la contradicción? Para obligar a la gente por la fuerza hace falta un gobierno (llámese como se quiera), fundado... sobre una burocracia, y una fuerza militar reclutada como quiera que sea, pero obediente a las órdenes de los gobernantes». El hecho de que los gobernantes se dijesen anarquistas no cambiaría en nada la cosa. «¿O se cree que nosotros, sólo porque nos decimos anarquistas, somos mejores que los demás? Y dado también, y no concedido, que fuésemos incorruptibles y omnicientes por excelencia, ¿se cree que podremos resistir a las necesidades de la situación en que estaremos colocados y además realizar el milagro... de educar a la gente para la libertad a vergajazos, y dar a los esclavos dignidad de hombres sometiéndolos a la fuerza bruta y provocar la iniciativa de los individuos substituyendo por nuestra libertad la de los otros?... Marchar hacia la anarquía no puede significar la negación del anarquismo mediante la constitución de un gobierno de llamados anarquistas.»

En todos estos compañeros se nota aún la persistencia, o bien d ela primitiva creencia de la inmediata realización de la anarquía después de un movimiento armado impulsado y dominado por nosotros, o bien de las nocivas tendencias autoritarias innatas en los individuos y que sólo anteponiendo a éstas, los naturales instintos de libertad hemos logrado vencer y superar.

Así como los que creen que el anarquismo puede realizarse de un solo golpe, los otros también comprenden que la masa está todavía impreparada, pero caen en el absurdo de quererla preparar con los métodos autoritarios... quisieran realizar el anarquismo postergando la libertad para más tarde, y quisieran educar al pueblo para la libertad por medio de la tiranía. Pero al realizar esto, lo que ellos harían, es contribuir, quiéranlo o no, a arrancar al pueblo aquellas conquistas que lograría en el período insurreccional, en lugar de impulsarlo hacia la anarquía con la propaganda y el ejemplo; harían, en suma, lo que han hecho siempre todos los gobiernos.

El que reafirmemos en nosotros todos los principios anarquistas, no significa que no admitamos el estudio de los métodos más convenientes para su realización, sino que a la vez que admitimos la posibilidad de superación de los mismos, queremos también que los medios que se utilicen para el logro del ideal anárquico, sean anárquicos en sí mismos; pues estamos plenamente convencidos que nuestro ideal sólo se puede realizar con la libertad y para la libertad.

Lo que no debemos nunca olvidar es que, para que la anarquía resulte ser una verdadera realidad, y no se quede sólo en una bella idea; es necesario que en nuestra lucha superadora utilicemos métodos y tácticas acordes con el ideal que decimos sustentar, extendiendo la práctica de la libertad lo más posible, pues sólo con ella puede existor la anarquía.

Sin olvidar lo anterior, debemos proseguir nuestra labor demoledora de las instituciones en que se asienta la presente sociedad, cuya decadencia y degradación está a punto de culminar en un próximo estallido belicista sin comparación en la historia humana; por esto es, que entre las cosas que no debemos olvidar y que debemos tratar de realizar, existen cuatro problemas que según nosotros y junto con Malatesta, «son para los anarquistas de todos los países los problemas máximos de la hora presente: primero, concurrir a la insurrección con todas las fuerzas revolucionarias progresivas, sin dejarse absorber y dominar por los partidos más numerosos, más ricos y mejor organizados; segundo, utilizar las organizaciones obreras para la demolición y la reconstrucción, aunque evitando los males y los peligros del sindicalismo; tercero, asegurar la alimentación del pueblo sin la intervención de un poder central que, al tener el monopolio de las cosas de primera necesidad, se convertiría en el peor y más poderoso de los tiranos; cuarto, proveer de armamento a toda la población, cosa indispensable, porque si alguien (individuo, partido o clase) tuviese el monopolio de la fuerza armada, sería a fin de cuentas, el dominador de todo y de todos.»

En todas las premisas anteriores por realizar, esá implícita nuestra total repugnancia por la constitución de un órgano central de gobierno o mando. Pues la primera preocupación de todo gobierno es la de asegurar su permanencia en el Poder, para usufructuarlo en contra de los intereses del pueblo. **Siempre, cualesquiera que sean los hombres que lo compongan.** Si son malos, quieren quedar en el Poder para satisfacer su sed de enriquecimiento y su voluptuosidad de mando; y si son honestos y sinceros, creen su deber quedar en el Poder para hacer el bien del pueblo; pero sin lograrlo, pues bien pronto, o son tragados por la máquina estatal, o la abandonan con asco y repugnancia al no querer amoldarse a sus sucias maquinaciones.

La formación de un ente gubernativo cualquiera por los anarquistas, es tanto o más peligroso aún que la colaboración gubernamental de los mismos. Pues los anarquistas que puedan y deban, en las próximas transformaciones ejercer entre las masas una acción poderosa en favor de la emancipación integral de las mismas, no podrían, aunque tuviesen la fuerza material necesaria, convertirse en gobierno si no es renegando de sí mismos y de toda su doctrina; y, en este caso, serían un gobierno como los otros, tal vez peor que todos los otros ya soportados.

Es necesario que estemos en guardia contra todas las desviaciones presentes o futuras, tanto ahora cuanto más en las próximas revoluciones, sin que nunca olvidemos el criterio fundamental del anarquismo: **llegar a la libertad por medio de la libertad.**

Octavio Alberola S.

(Continuará en el próximo número con el título: «Concepto anarquista de la Revolución».

LOS TOROS

H eaquí otro espectáculo monstruoso y embrutecedor: las corridas de toros, o «fiestas» de toros. Es vergonzoso que en pleno siglo XX, donde las artes y las ciencias adquieren una marcha vertiginosa, cuando no se habla más que de progreso y de civilización, todavía se practique la imbécil batalla entre el noble toro—la bestia—y el ridículo hombre llamado torero. Que éste se sirva de la arma blanca (espada) para matarlo, y si el matador no es muy apto o diestro en su triste misión de verdugo, tiene que matar al inocente animal en sucesivas estocadas, degollando a la bestia y, por consiguiente, haciéndole sufrir cruelmente durante largo rato. Todo eso por dar gusto y placer (?) al público taurino, a ese tumulto humano que ama la tauromaquia, que durante la corrida grita como loco, aplaudiendo a los diestros... si hacen «bien» su faena, o maldiciéndoles si no dan satisfacción en el «arte» de matar el toro.

Antecedentes de los toreros: éstos son en su mayoría vulgares aventureros analfabetos; algunos de ellos proceden de hijos de ganaderos; otros, gitanos errantes; algún estudiante (desertor del estudio) y algún ex obrero (enemigo del trabajo).

Podríamos citar nombres, pero no vale la pena mencionar tan minúsculos fariseos. Los toreros no poseen ni arte ni inteligencia; sólo tienen astucia de pillos para engañar y rendir al toro, para liquidarlo más pronto; y a los citados sujetos sólo les guía el orgullo y ambición de llegar a ser grandes figuras... de cartel, y enriquecerse rápidamente.

Todavía hay gentes de mentalidad cavernícola que creen que los toreros son cultos y grandes artistas; incluso los intelectuales de la España negra, como Pemán, García Sanchiz y Giménez Caballero, afirman que la tauromaquia es un arte y los toreros unos artistas y, en efecto, hay muchos bobos que así lo entienden y sostienen.

El arte (música, pintura, escultura, filosofía y letras) producto del espíritu y del amor a la belleza y al bien humano, está completamente reñido con la monstruosidad de las fiestas taurinas. El verdadero arte, sinónimo de inteligencia y belleza, nada tiene que ver con la monstruosa tauromaquia, ni con ningún espectáculo embrutecedor, llámese como se llame.

Semejantes salvajadas son propias de los tiempos remotos de los Césares cuando los tiranos de entonces para satisfacer sus instintos sanguinarios, hacían reñir a sus esclavos con las fieras en los circos romanos. Sin embargo hoy, en la era atómica, de progresos científicos, aún se practican tantas cosas inhumanas, diversas, como en plena antigüedad.

La animalada taurina, produce indignación a todas las personas sensatas, aun a muchos que no han leído a Blasco Ibáñez; pero todavía hay muchos españoles aficionados a tan nociva «fiesta».

Eso contribuye a formar en el mundo una falsa leyenda de la España feudal, de ambiente de toros y la guitarra y pandereta, que más de cuatro plumíferos extranjeros nos catalogan a todos los españoles por igual, es decir, con la misma mentalidad retrógrada.

Y para vergüenza de los españoles, ese horrible espectáculo es de origen español, y no se limita a realizarse en España, que también van a América del Sur y a Francia, y que muchos españoles exilados «económicos» y políticos, contribuyen a dicha fiesta.

Franco se congratuía de que los toros tengan éxito en España y en el extranjero, así como todo lo que tienda a embrutecer a la gente. El tirano, como todos los tiranos, prefiere divulgar en el mundo los «valores», sus toreros, que difundir las obras literarias españolas que podrían instruir y educar al Pueblo.

H. Buil.

Acción

La realidad española, plesmada en un cuadro trágico después de febrero del 39, fecha en que las hordas fascistas se enseñorearon por completo de nuestro suelo, refleja ahora pinceladas de otra tonalidad. En cuanto a tragedia, si se quiere, es más cruda ahora que nunca. El pueblo vilipendiado y hambriento, cierra sus puños exhaustos, pero con rabia infinita, no con impotencia, pues sabe que se acerca el momento en que podrá saciar sus ansias de libertad. También los «inquisidores del siglo XX» ven acercarse con terror la hora en que ese pueblo les pedirá cuentas de la miseria moral y material en que sumieron a España; ven alzarse por doquier los espectros de sus víctimas, que asesinaron por sostener ideas libres; saben que miles de madres pedirán justicia por aquellos hijos que vieron morir tuberculosos después de agotar todos los medios humanos para sostener sus vidas nacientes; tienen miedo igualmente de la multitud de hombres que gimen en cárceles y penales y que sólo esperan ser libres para hacer duradera y perenne esa libertad limpiando de alimañas el suelo español. Saben, en fin, que del otro lado de los Pirineos y allende los mares, vendrán a exigirles precio de su destierro miles de hombres y mujeres que no cometieron otro delito que amar a la libertad.

¡Libertad! ¡Cuán cara te has hecho pagar siempre!

Y el franquismo, aterrorizado, se da cuenta de que serán muchos los dedos que se levantarán acusadores, señalando sus inmundas cabezas. Es ahora cuando se contempla la ruina moral, económica y material de un pueblo escarnecido y oprimido durante diez años. El pánico hace presa de sus atrofiadas mentalidades y tiemblan cual hojas de un árbol sacudidas por un vendaval. Saben que, desatado el vendaval del pueblo, arrancará de cuajo el árbol podrido del régimen, cargado de apestoso fruto: sayones y lacayos, sicarios y verdugos.

Y como la reacción del cobarde no puede ser otra, desatan toda clase de represiones y persecuciones, tratando de ahogar en sangre la voz de la multitud que, cual lejana tempestad, empieza con ruido sordo y a medida que se acerca, va tomando proporciones atronadoras.

A diario son inmoladas víctimas y víctimas en holocausto del «Moloch» instalado en el Pardo. Detenciones, apaleamientos, parodias de juicios, interrogatorios, pesquisas, actividad incansable de la policía franquista, son las características que jalonan la última etapa de la carrera de crímenes que personaliza al régimen dictatorial que encarnan Franco y sus repugnantes clericatos.

Es necesario que cada uno de nosotros sepa hacerse cargo de esta palpitante realdiad y despliegue todos los medios a su alcance para acentuar el malestar económico en que se encuentra el franquismo. No podemos permitir que caigan nuestros compañeros por estar carentes de una ayuda que en muchos casos podemos prestarles nosotros. Necesitamos acción decisiva en cada uno de nuestros actos, y esta acción debe de ir garantizada con todo el apoyo moral y material de la militancia. Que cada uno se responsabilice y se dé cuenta exacta de que no podemos mantener una posición letárgica en momentos tan cruciales y trascendentales.

La acción en estos momentos es tan importante como lo será más tarde la labor educativa que habrá de emprenderse con la juventud española.

«ASTUR».

Llamadas de la Revolución

I

Permitirme hablar de los que ayer tuvimos una edad material de vida y de los que hoy la disfrutáis. A pesar de haber pasado los cuarenta años, tan sólo cuento de viejo los zapatos, a fe de no haber tenido para comprar otros. En mi cerebro germinan nuevas y jóvenes ideas, rebosantes de acciones fraternas y revolucionarias. El pensamiento y la acción nada tienen de común con los años que llevan los huesos de vida.

Como joven de ideas y de acciones, hoy queremos comunicar nuestros deseos y necesidades a los cientos de jóvenes en ideas de ambos sexos. Sintiéndome joven en realizaciones, pongo al margen de estas consideraciones el materialismo del cuerpo y hasta los viejos zapatos con que éste se sirve.

Del joven al viejo tan sólo existe la diferencia de uno al otro, la de haber perdido la voluntad. Y esto puede ocurrir tanto en un viejo de edad, como en un joven de veinte años. Sin voluntad para sembrar, no habrá posibilidad de que nosotros o venideros, recojan el fruto de la actividad individual y colectiva.

Para los hombres de voluntad y de todas las edades, no hubo jamás obstáculos ni imposibles en reconocer errores y debilidades humanas, propias del ambiente en que vivimos. Caer, no es un delito, sino un accidente fortuito de la vida. Levantarse y volver a andar, trepar sobre los bordes del inmundo lago, destrozando todo lo injusto, tienes las características de dejar de ser pequeño humano y la de convertirse en gigantesca y férrea voluntad. Vivimos en un período de plena pre-revolución. El factor guerra, simboliza para el capitalismo, su revolución industrialista.

II

Por la voluntad no han pasado siglos ni años. Está fresca y nueva como el primer día de su nacimiento. Muere una generación y sobre su obra otras voluntades nacen y continúan demoliendo abriendo nuevos cauces al progreso, al humano sentir y a las ideas revolucionarias. No se muere nada más que una vez. Y no se vive nada más que hasta la última gota de existencia. Todas nuestras ansias, siendo infinitas, se asoman al balcón del mañana. De lo que hicimos ayer, nos debe interesar, el error. Lo que precisa el hoy saber, es lo que hemos de hacer mañana. Trazar en nuestros cerebros y acciones, tener la firme convicción de afirmar sobre las ruinas de los prejuicios tradicionales, la soberanía y grandeza de nuestra voluntad revolucionaria.

Mañana, el mañana de nuestros anhelos, debe tener para nosotros un marcado sentido de responsabilidad. No sólo de amores han de vivir las ideas. El pan del que se alimenta la juventud anarquista de todas las edades y cuerpos, se produce en el campo de la acción y a través del crisol de la voluntad. Los que sentimos en joven, hemos de actuar en los libros, en el deporte, en las asambleas y en la calle. Hacer revolucionar nuestros actos allí donde se manifieste el engaño, el mercantilismo, el reformismo y las injusticias.

Nada hemos de querer con los que han hecho del ideal un mueble recreativo, de uso particular. Queremos estrechar nuestros brazos con aquellos que se eleven hasta las cúspides del heroísmo, para examinar el pasado y dedicar cada día sus esfuerzos, a fomentar la rebelión entre las víctimas del poder autoritario.

III

Somos jóvenes y hacia la revolución del pueblo español van encaminadas todas nuestras energías y todo el fuego que escupe nuestra voluntad. Sin dar un paso atrás y con un siempre adelante, lo daremos todo por todo, hasta vencer al fatídico Franco.

Los que no puedan seguir esta grandiosa tarea revolucionaria, que se aparten a un lado del camino y dejen de accionar nuestro pensamiento. No necesitamos consejeros ni lecciones de maestros. Somos fuertes e inteligentes para pisar en terreno firme y lograr hacer ondear en tierra de España, la bandera de la insurrección armada del pueblo.

Con voz serena y resueltamente, sin regateos ni vacilaciones, con solvencia y personalidad propia, los jóvenes libertarios exilados, continuaremos aportando calor y dinamismo, hombres y armas, a la futura revolución española. Los que sientan esta necesidad y quieran cumplir con el deber de todo revolucionario, en el camino nos encontrarán dispuestos a realizar lo que solamente nosotros, los obreros, somos capaces de hacer.

Pero, que no se nos venga en estos momentos a poner plaza de pacifista y pinitos de redentores de masas. Los que sentimos la juventud de las ideas, los jóvenes de ayer, los de hoy y los de mañana, no precisamos de pedir permiso a las autoridades de la naturaleza, para celebrar públicamente la revolución.

Con Franco o sin Franco, mañana la revolución será un hecho que no podrán evitar las fuerzas represivas directas o indirectas, de los Estados amigos de dos caras, enemigos a medias, del fascismo español.

No estamos solos. Lo sabemos sobradamente. Conocemos bien a fondo el sentir y pensamiento de cada español. Pensemos en ellos y hagamos un frente de jóvenes que quieran luchar por la liberación d eEspaña, aunque en sus rostros lleven arrugas y sus cabezas estén cubiertas de cabellos blancos.

No somos los que hemos de llamar a la revolución. Es la revolución, queridos jóvenes, la que desde hace tiempo nos llama. Y hacia ella hemos de ir los que pensamos y actuamos en joven y en revolucionario. Sin perder este momento, hagamos acto de presencia, moral y materialmente. Mañana, sería demasiado tarde y la maldición de los resistentes caería sobre nosotros.

Por Morales Guzmàn

Trallazos

(Viene de la primera)

del delito, sobreponiendo su opinión extraña a la propia conciencia del «llamado» delincuente.

No lo seremos, en tanto que llegada una hora de nuestra vida, inclinemos la cerviz, en acto de servidumbre colectiva, vistiendo la indumentaria humillante y uniforme del soldado, abandonando un medio que nos es querido, para someternos a la absurda disciplina del Ejército, y lo que es peor, a la eventuaidad de jugar el papel de víctima, en la más absurda de las matanzas colectivas.

No podemos considerarnos libres, aportando a regañadientes quizá, pero aportándola, la dima, la contribución económica, fruto de nuestro esfuerzo, para el mantenimiento del vasto cuerpo de zánganos, parásitos sociales, con función exclusiva de someter a los mismos contribuyentes.

Multipliquemos las coacciones de este cuerpo legal y con ello, veremos la disminución patente de ocasiones de realizar un acto libre en los países totalitarios, hoy campeones de una libertad que suena a cartel publicitario, cuando ayer afirmaban que la libertad no era sino un perjuicio pequeño-burgués (Lenin.)

Pero, diremos: ¿Puede en tal amplitud del concepto de libertad, ser libre el hombre? Sí, puede, mas como hemos anunciado en un principio, el examen de sus posibilidades será objeto de otras líneas.

José Muñoz Congost.

Directeur-Gérant :
VICENTE JOSEPH
Imprimerie du Sud-Ouest
8, RUE Ste-URSULE

¡A ORGANIZARNOS!

En el presente período del siglo en que vivimos, el proletariado atraviesa dos grandes crisis. La primera motivada por el gran desarrollo de la mecánica, haciendo despiadada guerra al trabajo manual, llegando casi al extremo de no ser necesarias las fuerzas físicas del hombre, por cuya causa la burguesía tiene siempre un ejército numeroso de obreros, en provecho único de los explotadores, que tienen detentados todos los elementos de producción, así como la ciencia, cultivada por los obreros del saber, es igualmente avasallada por parásitos, por la gente del tanto por ciento, y que, en lugar de servir en provecho de la colectividad, sólo sirve ¡oh escarnio! en exclusivo beneficio de unos cuantos, para reducir a la indigencia y a la ignorancia a la honrada clase trabajadora, puesto que, comprando por un puñado de monedas los grandes descubrimientos científicos y los adelantos de la mecánica, tan sólo concebidos y realizados por sus dignos y estudiosos descubridores para bien de la humanidad, se sirven de ellos los capitalistas para estrujar más a los que cumplen con el sagrado e indispensable deber del trabajo.

Cada máquina, comprada por un usurero explotador, significa la horrible desesperación de muchas familias obreras; significa el honrado proletario sin trabajo, quedando sumido en la más espantosa miseria; significa que alguna madre obrera carezca de pan para sus hijuelos; significa que el niño de corta edad, en vez de frecuentar la escuela, reemplace a sus padres en el taller o fábrica; significa que alguna desgraciada joven proletaria se entregue a los apetitos brutales del «amo» de la nueva máquina para no fallecer de necesidad; significa, en fin, que la ley castigue a un padre que robe un pan para alimentar un día más a sus inocentes hijos.

Todo esto y mucho más significa la introducción de nuevas máquinas en la industria, acabando de aumentar el pauperismo más horripilante en las masas obreras.

En cambio, los privilegiados, que por tener dinero, acumulado con nuestra sangre y sudores, son los dueños de las mismas, disfrutan tranquilamente de **sus legales ahorros** y alimentan e instruyen a sus hijos **legítimos**, derrochando en el juego y en toda clase de bacanales las **legítimas** utilidades que les proporciona el nuevo inveotn realizado por el obrero de la inteligencia, explotado como nosotros mismos.

¿Qué ser humano podrá negar que esto es pálido reflejo de una realidad abrumadora? ¿Quién será tan osado que pretenda desmentir este fiel bosquejo de las penalidades del honrado y escarnecido proletario?

Y lo peor del caso es que si los trabajadores no despertamos pronto del espantoso letargo en que nos tienen sumidos tanto zángano social, en vez de mejorar relativamente nuestra suerte, empeorará, a causa de que en adelante y de un modo más asombroso, las máquinas irán despidiendo a los pocos de nosotros que todavía necesita la burguesía.

Los descubrimientos científicos se sucederán sin interrupción, y en vez de sobrar un 25 por ciento de brazos en el mercado obrero, como hoy sucede, se multiplicarán los parados y nuestra muerte será segura.

La segunda crisis, que pesa cual losa de plomo sobre nosotros, es quizás peor que la primera; y la lealtad y la ruda franqueza de un humilde hijo del trabajo obliga a decir la verdad de su pensamiento algo meditado.

Todos los trabajadores un poco instruidos podemos observar la diversidad de criterios que existen en el seno de la clase obrera, y por cuya causa el proletariado, que no es indiferente, se fracciona en varias organizaciones, y esto, que es tan natural (o sea anárquico), motiva nos odiemos algunas veces con cruel saña, fuera de todo humano racionalismo.

¿Qué resultado da tal modo de proceder a la clase trabajadora en los momentos presentes?

Sin pecar de infalibles, creo que retardamos algunas mejoras momentáneas y el día de nuestra redención; y mientras discutimos si serán galgos o serán podencos, los **galgos y podencos** burgueses nos cazan sin gran trabajo, a no ser que opinemos que cuanto mayor sea nuestra miseria y nuestros sufrimientos, más pronto se ha de sublevar el proletariado contra tanta infamia e injusticia.

Varios socialistas revolucionarios así opinan; esto es, que la grande escasez, siempre en aumento, que sufre el trabajador, es preludio seguro del triunfo de la Anarquía en plazo breve. A mi manera de apreciar se confunden los buenos resultados que puede dar una sublevación por convicción, o una insurrección por miseria, promovida por la desesperación. Tratándose de procedimientos cada individuo opina que son mejores los por él mismo concebidos que los defendidos por los demás; y eso que la verdad es única. ¿Sería un mal que los trabajadores nos hiciésemos respetar más nuestro trabajo? ¿Debe contemplar la masa obrera impasiblemente se le merme aún más su salario? ¿Debe aguardar con los brazos cruzados que venga de arriba su libertad? Opino que debemos agitarnos continuamente para obtener mejores condiciones de existencia, y cuando sonará la hora ya sabremos liquidar por completo con la burguesía.

Los explotadores saben cuán fácil es estrujarnos, hallándonos divididos o desorganizados y con muy pocas relaciones solidarias, y esta situación la aprovechan perfectamente.

Los trabajadores, por revolucionarios que seamos en ideas, no debemos desdeñar el procurarnos mejores medios de subsistencia, y es más posible lograrlo con una fuerte organización autónoma que sin ella, puesto que no es obstáculo serio para unirnos para la defensa del trabajo muchos millares de proletarios, la diversidad de escuelas sociológicas en que milita el pueblo obrero. El reinado de la Anarquía no puede ser planteado, a mi parecer, sino por grandes masas conscientes de trabajadores. Está bien demostrado, por la continua experiencia, que el proletariado atraviesa por dos grandes crisis, y que en su propio seno está el remedio (no cabe duda alguna) si sabe abandonar procedimientos **utópicos-adormideras**, haciendo un esfuerzo por el cual queden desterradas para siempre las cuestiones personales, discutiendo continuamente sólo doctrina sociológica revolucionaria.

Para conjurar la crisis de trabajo relativamente, es menester se realicen grandes movimientos en sentido de reducción de la jornada diaria, no volviendo a los talleres y fábricas sin haberlo conseguido, pese a quien pese y cueste lo que cueste. La crisis de organización y de algo de desavenencias de las secuelas revolucionarias del proletariado militante, pueden curarse con tolerancia, actividad y menos presunción en algunos de nosotros, maleados por el virus burgués.

¿Puede lograr el proletariado esta aspiración con la marcha que hoy siguen en general? Me parece muy difícil conseguirlo. La mesocracia azul y del clero, es la que tiene a los trabajadores bajo su dominio absoluto, y como que los desheredados carecemos de fuerte organización por nuestras desavenencias de escuela, es casi imposible, de continuar mucho tiempo así, el hacernos respetar de nuestros opresores burgueses.

No es esto sólo lo que debiéramos tener en cuenta; sino procurar ponernos en intimidad de relaciones para la defensa del trabajo todos cuantos sufrimos el estigma infamante del salario, y ejercitarnos en la lucha contra el capital, creando espíritu práctico de la potente fuerza que encierra en su seno el proletariado, y que, puesta en acción, puede obligar hoy que se le hagan concesiones por miedo, y encariñándose con las conquistas alcanzadas, aparezca un día convencido de su fuerza, y entonces, hermanando ésta con la conciencia, determine el cese de la asquerosa y brutal explotación del hombre por el hombre, planteando la justicia verdadera en ambos mundos.

Así lo debieron comprender los delegados al Congreso Internacional de Ginebra, celebrado en 7 de septiembre de 1866, al scribir en los considerandos de los Estatutos que confeccionaron, párrafos como los siguientes:

«Considerando:

»Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos;

»Que los esfuerzos hechos hasta ahora han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros de las diferentes profesiones en cada país, y de unión fraternal entre los trabajadores de las diversas regiones;

»Por estas razones:

»El Congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores declara que esta Asociación, como también todas las sociedades e individuos que a ella se adhieran, reconocerán como base de su conducta para con todos los hombres la Verdad, la Justicia y la Moral, sin distinción de color, creencia ni nacionalidad.»

Si la indivudable Asociación Internacional de los Trabajadores hizo vacilar a la burguesía de ambos mundos, pues en ella vió la reivindicación del esclavo moderno y el derrocamiento de sus odiosos privilegios de la clase explotadora, fué por comprender con su intento de conservación burguesa, que una Asociación en la cual quepan todos los desheredados, sin distinción de pueblo, de ideas, ni de color, debe triunfar muy pronto de sus esclavizadores, por fuertes que sean, y a no haberse disgregado tan potente organización a consecuencia del orgullo de un grupo de **autoritarios** que querían regimentarla como ejército **acuartelado**, la suerte de las trabajadores sería otra ya en el presente momento histórico.

He aquí, pues, que si los trabajadores no se hubiesen olvidado algo de que sólo en estrecha haz podíamos vencer a nuestros eternos enemigos, no nos hubiera dividido ni desorganizado nadie, a pesar de nuestras diversas concepciones sociológicas, ni de nuestros diferentes temperamentos regionales, ya que al constituirnos en fuerte y reflexiva organización lo hacíamos por conveniencia de clases por alcanzar nuestra completa libertad económica, y ya estábamos avisados de nuestros diferentes modos de opinar respecto a procedimientos e ideales; pero que, para salvarnos, incluso a toda la humanidad, por esto y no por otra cosa constituimos el pacto de defensa y de ataque en contra de la caduca sociedad dela explotación más inicua y brutal de que somos víctimas los trabajadores.

Si, compañeros; la clase media que hoy nos estruja en nombre de la libertad, está también subdividida en distintas escuelas políticas y religiosas; Pero no obstante, cuando de defender sus intereses se trata, si los ven amenazados por el socialismo contemporáneo, queda unida como un sólo hombre, y he aquí despejada la incógnita de su grandiosa fuerza y de que lo que motiva esté aún gozando impunemente del producto de nuestro trabajo, o por mejor decir, del fruto de sus rapiñas; escudados como están los parásitos por inicuas y absurdas leyes, confeccionadas exprofeso en beneficio propio, con escarnio de la equidad, de la justicia y del legítimo derecho. No cabe duda; el obrero pensador profundiza respecto el logro de su radical emancipación, y de seguro le asalta la duda, de si tardará mucho en conseguirla por completo. Es entonces que sin egoísmos ni vacilación alguna ansia llegar cuanto antes al final de tan penosa jornada, anhelando de corazón un esfuerzo de todos para alcanzar en breve plazo su legítimo deseo, el cual no es sino deseo de hacerse más activo, más revolucionario, más útil a su propia y digna causa, porque comprende que unida la falange numerosa de trabajadores, sería más respetado, sería mejor retribuido su útil trabajo, y por estas razones se fortalecería su ánimo, encontrándose en ventajosa posición para la última batalla; en vez de hoy, que se encuentra el obrero en todos los países muerto de anemia, y, de seguro, que con un ejército proletario compuesto de hambrientos esqueletos no se gana ni una acción, cuando al enemigo le sobran las provisiones de boca y guerra y está bien organizado.

(Continuará).

POR ABAYA GARRIGA

B.D.I.C

¿Eliseo Reclûs o el policia?

Sucede a menudo que ciertos hombres, inspirándose de grandes ideales de transformación social, olvidan las pequeñas tareas de la vida diaria, Hasta desdeñan todo esfuerzo, absolutamente indispensable a todo militante, para liberarse asimismo de la esclavitud de sus propias debilidades. Esto no les impide pretender que son libertadores de los demás y de la entera sociedad de toda servidumbre y de toda tiranía, sea la que sea.

Estamos lejos de compartir esa concepción, de un Tolstoy, por ejemplo, según la cual la liberación social no es tal, más que en función absoluta de la perfección del individuo. Pues la experiencia histórica y las observaciones sobre la evolución contemporánea de la humanidad, demuestran que la perfección total de los hombres no podría ser posible más que en un medio social mejor y que la liberación social, como todo esfuerzo de perfección individual, debe operarse simultánea y paralelamente para que una y otra sean fructuosas y más comfpletas.

Pero no hay excusa posible para «esos liberadores de los demás», mayormente cuando son militantes anarquistas, de posponer para un porvenir lejano su propia liberación intelectual, moral y física y de encargar esta obra a la sociedad futura cuando esta tarea primordial no pertenece más que a ellos mismos.

Quisiera llamar la atención sobre una sola de estas malas costumbres—por no decir vicios—, muy numerosas por cierto, que nos transforman en simples esclavos. Se trata de la costumbre de fumar, generalizada, desgraciadamente, en nuestros medios. No tengo la intención de estudiar la cuestión desde el punto de vista higiénico, ni de hacer propaganda de abstinencia, pero sí quisiera situarla estrictamente en el punto social y anarquista.

Recuerdo haber observado diversas manifestaciones en los fumadores que no pueden presentarles como hombres libres, respetando lo mismo su propio libertad que la de los otros.

He visto a unos buenos compañeros, militantes anarquistas, dominados sin embargo, por su vicio de fumadores, su egoísmo casi bestial, no preocupándose en absoluto de la salud de sus hijitos, ni escuchar los ruegos de sus mujeres, invitándoles a salir del dormitorio por fumar su cigarrillo; los he visto protestar muchas veces y defender **su «libertad»** sin moverse, continuando en hacer y contemplar con el más grande deleite los círculos de humo por encima de su cabeza.

He constatado—y todo el mundo lo ha constatado muchas veces—, ese egoísmo sin nombre, ese desprecio de todo respeto humano manifestado en los trenes, cines y reuniones. Es siempre y en todas partes el «derecho de los fumadores»—un derecho incontestable según su moral—, que domina y forma ley en las mutuas relaciones. Son siempre los no fumadores los que soportan la tiranía de los fumadores, de sacrificar su tranquilidad, su norma higiénica, su misma salud y adaptarse a los caprichos de los fumadores.

Desde luego, sería fácil a los fumadores el abstenerse un momento, o al menos salir unos minutos para fumar. No es tan difícil a un hombre libre y reflexivo, pretendiendo tener la voluntad de transformar toda una sociedad, de dejar de fumar del todo. Pero todas las sugestiones en este sentido, todos los llamamientos en estos casos, son vanos. En vano han existido en el mundo bellos ejemplos de perfección, representados por nuestros antepasados. Todo ejemplo de ese género no cuenta para nada.

Sin embargo, he tenido la ocasión de hacer una otra observación. Desde algún tiempo, está prohibido en Bulgaria a los presos fumar en las células de la Milicia. Es tal vez uno de los múltiples suplicios destinados a los enemigos del pueblo». He estado mucho tiempo en la misma célula con fumadores. Inútil decir que nadie murió por no fumar. Ni he oído a uno de estos fumadores inveterados protestar y reclamar ese «derecho». Nadie tampoco ha parecido sufrir de esta supresión de su «libertad».

Me he preguntado entonces y me he preguntado aún: ¿Es que la policía es necesaria para hacernos más perfectos? ¿Y cuál es para nosotros más fuerte: el hermoso ejemplo de perfección individual de un Eliseo Reclús, o el látigo de un carcelero?

Que contesten los lectores.

Gr. Balkansky.

F. I. J. L. de Toulouse

Esta F. L. pone en conocimiento de todos los compañeros que quieran participar a la jira que tendrá lugar a Saint-Ferréol el día 14 de agosto, que pueden pasar a inscribirse todos los días, de siete a diez y media de la noche, en la Biblioteca del local de Cours Dillon, hasta el 10 del mismo mes.

Se espera una gran concurrencia.

Por la F. L.—Ee secretario de Propaganda.

Aviso a las FF. LL.

La F. L. de Martigues (B. du Rh.) previene a las FF. LL. de nuestra Organización, contra la actuación desaprensiva de un sujeto llamado José Torralba García.

Ignorándose su paradero actual, se ruega a quien lo conozca lo comunique a la citada F. L. o a la S. de Coordinación del Secretariado Intercontinental de Relaciones, 4, rue Belfort, Toulouse.

Comité Nacional

Movidos por el ánimo de velar en pro de nuestros adherentes, en particular, y de la población exilada, en general, nos creemos en el deber de hacer pública la siguiente nota:

«Todo refugiado español que no se haya inscrito antes del 31 de agosto de 1949 en la Oficina Central de Refugiados Españoles, perderá todo derecho de protección de la Organización Internacional para los Refugiados (O.I.R.)

Por tanto, todos aquellos que quieran obtener el certificado de nacionalidad (documento que todo exilado debería poseer), que se hagan inscribir antes de la fecha citada, solicitándolo a dicho organismo, cuyas señas son:

Oficina Central de Refugiados Españoles, 10, rue des Pyramides. Paris (1.)

Donativos pro-RUTA

mes de junio

La pequeña Amanecer, de Bollene	400
El pequeño Ricardín, de Bollene	500
Francisco Ferré	100
Africa Sánchez, de Gueret	100
Tres compañeros de Dreux	500
Pedro Mateu	100
F. L. de la F.I.J.L. de Dreux	705
José Meléndez, de Mas Cabardes	1.700
Rafanell Carbó, de Argentat	200
Total francos	4.305

La cruzada cristiana y la dictadura franquista

La Iglesia católica y los sistemas de dictadura gubernamental blancos o rojos, son contrarios siempre a las ideas de libertad

La Iglesia opera sobre el cerebro del hombre, y la dictadura personal o colectiva es la autoridad exaltada a su grado máximo y, por lo tanto, representa la anulación completa de la libertad.

Los libertarios no somos marxistas, ni religiosos; atacamos toda idea religiosa, llámese budista, católica o protestante, pero desearíamos se aplicaran las máximas de San Agustín: «Con la misma vara que se midan unos, deben medirse los otros.»

La Iglesia ortodoxa del imperio rojo-moscovita goza de entera libertad como igualmente la Iglesia católica española bajo el régimen de Franco, porque sus representantes de una y otra han prometido no entorpecer ni criticar la obra gubernamental del partido comunista ruso, ni el régimen dictatorial de Franco, lo que representa que si el cardenal Mindsenty se hubiera adaptado, como el clero español se adapta al régimen franquista, no hubiera sido molestado, a pesar de que son ambos enemigos declarados de la clase trabajadora que lucha por su emancipación definitiva.

Solamente cuando se ataca a la Iglesia católica se comete un acto de tiranía; sin embargo, las luchas por la verdad y por la libertad han costado torrentes de sangre, tanto que rebasarían la capacidad de lodas las Iglesias del mundo.

La Inquisición, estamento criminal creado por la Iglesia católica martirizó y asesinó a verdaderos apóstoles que se convirtieron en verdaderos mártires: Giordano Bruno, Miguel Servet y Francisco Ferrer Guardia, antes; Antonio López, Amador Franco, Félix Perpiñán, Raul Caballeira, después.

En el siglo XVI fué cuando los tribunales eclesiásticos fundaron la Santa Inquisición, institución legal del crimen y castigo que se infería contra aquellos hombres que eran desafectos al régimen, que no tenían fe o no creían en la religión católica o profesaban ideas distintas; para la Iglesia no ha habido justicia, consideración ni lágrimas.

Para el clero español y el régimen de Franco, los «rojos» fueron siempre el tema del día, la justificación de lucubracio de los paladines del «glorioso alzamiento», que tiene hoy a España sumida en la más espantosa miseria—de apostólicos, obispos, arzobispos, canónigos, curas y generales sublevados—no hay epíteto que no se le aplicara a los libertarios la responsabilidad de un alzamiento que no fueron ellos los iniciadores, infamia que queda grabada en los anales de la historia y de la muerte de los españoles.

Tanta farsa e infamia; a tal grado ha llegado la difamación de las gentes, que se creó el hormigón de la simpatía. Hoy se secó el manantial en donde el odio y la calumnia manaban.

Hoy, en pleno siglo XX, vergüenza para el mundo civilizado, se mantiene otra vez en la España franquista, aquella orgía, ese mismo régimen de terror de verdadera inquisición en pugna con todos los derechos fundamentales e inherentes del hombre donde éste se convierte en bestia, se suprime toda clase de asociación, se queman todos los libros que tiendan a criticar al Estado o a la religión; no se respeta más opinión que la que ayuuda a los sátrapas que escalaron el poder por las armas y la traición, se violan los domicilios, se fusila sin formación de causa; se encarcela, se apalea, se es víctima de cualquier esbirro policiaco, la justicia y la libertad es ley muerta; la juventud es instruída para que sea sumisa y obediente, preparándola para que sea carnaza de lupanar, del vicio y de explotación.

Las escuelas y universidades están dirigidas por curas y frailes y ha vuelto a surgir la policía eclesiástica bajo las órdenes del Papado; los secretos más íntimos de la familia radican en los archivos de las iglesias y conventos y los hijos denuncian a sus padres y las mujeres acusan a sus maridos.

Se vive—si esto es vivir—automáticamente, como en un cuartel, sin personalidad práctica, ni rasgos característicos que determinan la individualidad y la independencia como seres humanos.

No sabemos que ningún obispo, cura ni dama estropajosa de las «cruzadas», haya llorado ante los crímenes que en la península comete el «caudillo» y sus lugartenientes. España sangra por los cuatro costados; los fusilamientos de la gente humilde son diarios y el humanismo de los Píos y cofrades no se sienten lastimados; su cristiandad es tan grande, que hasta le permite bendecir los más horrendos crímenes.

En España hablan los muertos, los fusilados, los torturados, los quemados vivos debajo de la cruz.

Ahí están los ministros del Señor como brazo derecho de Franco. Ahí está el catolicismo bendeciendo cada día los crímenes que está cometiendo. Ahí está la intervención de la Iglesia en los grandes negocios y monopolios, especulando constantemente con la miseria del pueblo. Ahí están los grandes responsables directos de la guerra civil y de todas las guerras civiles que ha sufrido España.

Las democracias, las grandes potencias lo saben bien y todo lo consienten.

Lo que se ha hecho y se hace, es restringir las pocas libertades que el pueblo conquistó circunstancialmente el 19 de julio de 1936, a fuerza de sacrificios y ríos d esangre; lo que se hace es machacar las cadenas de la esclavitud que hoy reina, poniendo toda clase de trabas para que no se desarrolle plenamente la individualidad humana. La Iglesia católica española se considera con derecho exclusivo a macular las almas y torturar los cuerpos.

Como colofón a todo lo expuesto haré una referencia a lo manifestado por el Episcopado español al producirse la guerra civil y durante el curso y después de la misma, publicado en su último número por el colega «Euzko Deya», que no coinciden con el pensamiento de algunos hombres célebres como Cactano Negri y otros que define la religión como la protesta del alma humana contra las inexplicables injusticias del mundo; y como dato para la historia lo vaya conociendo el mundo.

«El cardenal Gomá ha afirmado que la causa de Franco es la causa de Dios.»

«El cardenal Ilundain, revestido con la capa magna, bendijo a los moros llegados a España para reforzar la Cruzada.»

«El obispo de Tuy (Pontevedra) ha dicho que la mano omnipotente de Dios, es la que promovió el movimiento.»

«El obispo de Badajoz declaró que la guerra civil era un venturoso acontecimiento que nos deparaba el Sagrado Corazón.»

«El obispo de Córdoba definió la guerra como la «cruzada» más heroica que ha conocido la historia; verdadera cruzada que fué visible y milagrosamente protegida por el cielo.»

«El obispo de Cartagena (Murcia) ha escrito que las rosas del Evangelio florecían en las brechas abiertas por los cañones.»

«El arzobispo de Burgos dijo que la guerra de Franco le recordaba la promesa atribuída a Jesucristo, afirmando que su corazón reinaría en España con preferencia a todo otro país del mundo.»

«El arzobispo de Valencia no vacila en afirmar que la guerra fué suscitada por el Sagrado Corazón de Jesús y que era él quien había armado el brazo de los soldados de Franco.»

«El obispo de Salamanca (hoy cardenal Plá y Daniel), escribió asegurando que no se trataba de una guerra civil, sino de una cruzada por la religión, por la patria y por la civilización.»

Nosotros sabemos que no se pueden detener las leyes de la evolución, que todo tiende a perfeccionarse, que la revolución es constante perenne, que los Torquemadas modernos no pueden nada más que contener momentáneamente la revolución que está en los cerebros, en los corazones y en las conciencias. Hay que tener confianza; llevemos la bandera de la Libertad y sembremos la semilla de nuestra idea generosa en los campos de las multitudes; sepamos luchar con constancia por el bien de todos; no nos importe que en el camino de la lucha dejemos girones de nuestra carne y un sin número de compañeros caídos; no se obtiene nada sin sacrificios, y puesto que la lucha es vida, sepamos vivir intensamente, llevando el calor de las ideas al pueblo, para que despierte del letargo en que vegeta bajo un régimen inquisitorial y despótico al que representa Franco y con éste la Iglesia, encarnación de una gran injusticia infligida al pueblo español desde hace más de dos lustros.

Cristóbal García.

NOTA importante

Por causas ajenas a nuestra voluntad, nos vemos obligados a suspender por dos números la publicación del folletón «El anarquismo».

En su sustitución publicamos un trabajo premiado en el II Certamen Socialista, que estamos seguros han de apreciar convenientemente nuestros lectores y amigos.

RUTA.

C. R. de la FIJL del Gers

Con objeto de organizar una jira campestre a Castera de Verduzan para el día 7 del próximo mes de agosto, este Comité Regional tiene que dirigirse a todas las FF.LL. del Movimiento Libertario Español y a toda la juventud Libertaria del Departamento, por medio de este manifiesto:

«Queridos compañeros: ¡Salud!

Ponemos en vuestro conocimiento que con la fecha antes anunciada, se va a celebrar una jira campestre a los alrededores de Casterá de Verduzán, a la cual queda invitada toda la familia libertaria y todos aquellos amantes de la Naturaleza y de la Cultura.

Se hace extensivo este llamamiento, porque es nuestro mayor deseo el de la mayor compenetración de nuestros conocimientos, aportando datos que sirvan de orientación donde pueda quedar satisfecha la militancia.

Desde este momento tenemos el deber de poner en vuestro conocimiento lo que a continuación se expresa.

Este Comité Regional de Juventud Libertaria, después de un detenido estudio en favor de nuestros ideales de redención humana, os tiene que decir que es menester sacudir la apatía de que estamos poseídos si queremos seguir adelante con nuestro empeño, pues por este camino vamos hacia la anulación por completo y eso no debemos permitirlo ¡caray!

Hay que hacer desaparecer esa decadencia que existe, hasta llegar a la verdadera confraternización de toda la militancia forjada y responsabilizada, estableciendo aquellas actividades de nuestro Movimiento Libertario y Juvenil en el Departamento del Gers.

Y para terminar deseamos demostrar que tenemos fe y confianza en nuestro Movimiento, tanto interior como exterior, por aquellos que luchan sin descanso por las libertades de todos, siendo necesario que la militancia dé la mayor de las actividades, respondiendo en sus ideales como principio sustentado a través de las luchas sostenidas en España, dando la mayor sensación a los que luchan por el camino dentro de nuestras trayectorias marcadas por el Movimiento en general, C.N.T.-F.A.I.

Además, si queremos sostener los compromisos contraídos en nuestra lucha, para que en nuestro pueblo continúe lo social bajo otro cielo, debemos seguir manteniendo el mismo espíritu de lucha, dando continuidad a la gesta glorioso del 19 de julio del 36. Estamos seguros que la Militancia está convencida de todo lo que decimos y que hará todos los posibles para vivificar el impulso de la Juventud Ibérica, haciendo revivir aquellas horas magníficas de realizaciones que no pudieron vivir los jóvenes de otros países.

Y así redoblando el esfuerzo aportador, se constituirá el ariete que derribe todo aquello que se oponga en el camino de la redención.

Ante todo os decimos: el cansancio es cobardía, la deserción criminalidad, la huida resulta injustificada y el abandono, dejación de dignidad.

Si la sociedad actual crea alambradas y círculos de hierro en torno nuestro, a nosotros nos corresponde el romper esos círculos, sembrando siempre la buena semilla que ha de proporcionar a la Humanidad el bienestar deseado.

Así, pues, todos los amantes y simpatizantes de nuestras ideas deben hacer acto de presencia en esta jira del día 7 de agosto.

Salud y próxima Revolución Social.—Por el Secretariado, **Juan Sole.»**

Jira en el Puy-de-Dôme

Organizada por la Comisión de Relaciones de la Confederación Nacional del Trabajo de España en el exilio sita en Clermont Ferrand y la F.I.J.L., se celebró el 17 de julio una pira en conmemoración del día 19.

Fué una jira magnífica, un verdadero éxito, una verdadera concentración libertaria, parecida a aquéllas que solíamos celebrar en las Plenarias de Barcelona y sus contornos. En un momento dado, presentó la jira un aspecto sinceramente importante, pues cada cual se dedicaba a la diversión que más le placía y era digno de ver cómo mientras los unos invadían las claras y frescas aguas del río buscando la frescura que nos proporcionaba el baño, los otros escalaban las más altas montañas, dando a su ser la alegría que nos ocasiona este deporte. Los de más allá se sentían los más furibundos fulbolistas y sin dejar de mencionar los pacienzudos pescadores que caña en mano se distraían a su agrado.

No descuidaremos de mencionar que los amantes del cante y bailes regionales se divirtieron de lo lindo y era de gusto escuchar a los andaluces, a los aragoneses, a los catalanes y sobre todo a un grupo de niñas que con tanta gracia como donaire nos hicieron pasar uno de los mejores momentos y todo ello dentro de la más amplia armonía y respeto, haciendo, todos en general, alarde de nuestra manera de ser de libre manifestación.

No faltó la consabida charla, escuchada con suma atención por los compañeros y compañeras reunidos a tal fin, en la cual, después de unas breves y acertadas palabras por parte del compañero secretario de la Comisión de Relaciones, recordándonos lo que representa para nosotros y para los trabajadores en general la gesta revolucionaria del pueblo español el 19 de julio de 1936, se discutieron importantes problemas de actualidad y de cara al porvenir, demostrando los compañeros que hicieron uso de la palabra, así como los que daban su asentimiento con su presencia, nuestra constante preocupación por los problemas de orden social y cultural que nos atañen como Movimiento Libertario.

No dejaremos de mencionar que las Juventudes Libertarias no cesaron de distribuir propaganda concerniente al 19 de julio y que llevaron a cabo una buena recaudación pro-RUTA, gracias a la buena voluntad y desinterés de todos los compañeros y compañeras en general.

Nos es grato comunicar que todo se desarrolló a medida de nuestros deseos y que no solamente formábamos parte de la jira los que componemos el M.L.E., sino también compañeros y compañeras de diferentes partidos políticos españoles en el exilio y aun los que un día se desviaron de buena fe de nuestras tácticas y principios.

Por la Comisión de Relaciones (Sección Cultura y Propaganda).— **El secretario.**

B.D.I.C

Ruta
órgano de la F.I.J.L. en Francia

EN BUSCA DEL ALMA

Por Alejandro SUX

La humana ciencia, a pesar de todos sus deslumbrantes progresos, hasta ahora no pudo establecer por sus métodos demostrativos, qué es la muerte y qué es la vida. Todas las empresas realizadas para hallar una explicación a estos dos enigmas, fracasaron en un momento dado, como si el hombre y su capacidad raciocinadora tropezaran con un muro de misterio.

Pero el hombre es un ser extraordinario a quien no acobardan los fracasos; «es el único animal —dice un conocido sabio—que repite actos dolorosos o inútiles, sin que parezca tener el don primitivo de la experiencia aleccionadora». Al ser humano no se le puede aplicar aquello de que »gato escaldado huye del agua fría...»

Por esto, dos buscadores científicos, uno ingeniero y médico el otro, ambos de Suráfrica, y presentados aquí por el Dr. Andrés Ferrari, de origen panameño, se han propuesto, colaborando constantemente, resolver el enloquecedor secreto de la Naturaleza. Ya trabajan en ello desde hace cerca de veinte años, en un laboratorio londinense, con la discreción más absoluta, tan absoluta que ni los bombardeos alemanes pudieron hacer algo para arrancarles de su misterioso antro faustiano. Confiesan, durante su visita incógnita a Nueva York, que necesitarán otros cinco años de trabajos incesantes para lograr resultados terminantes.

—A pesar de que nada hayan descubierto definitivamente—nos dice el acompañante Mr. E. S. que vino con ellos de la capital británica—mis amigos creen haber hallado la buena senda que debe conducirlos hasta la meta de la verdad.

Inútiles fueron los argumentos empleados para conocer el nombre de esos intrépidos buscadores.

—Nos hemos comprometido a guardar escrupulosamente el secreto—me dijo Mr. E. S.—Ellos saben que la divulgación de sus nombres y de sus trabajos les acarrearía más molestias que facilidades; no desean polemizar con nadie; cuando logren un resultado convincente y tangible, entonces se conocerán sus nombres y las aventuras microscópicas vividas durante años.

—¿Y no es posible conocer el principio que guía sus pasos hacia ese doble milagro?

—Al principio creímos que la substancia secreta de la vida debía ser una energía, probablemente eléctrica. Al principio, gracias a experiencias realizadas con aparatos de nuestra invención, logramos establecer un principio fundamental: cada ser viviente llega al mundo con una carga eléctrica particular: su energía fué calculada y registrada. Hay mucho de eso... ¡pero aún hay más! La fuerza «eléctrica», que no lo es completamente, dura lo que dura la vida del animal, y su intensidad se mantiene igual, con ínfimas variaciones, a la inicial. Cuando muere el ser viviente, esa «fuerza» desaparece.

—¿Y en todos los animales esa carga de energía es semejante?

—No; las experiencias demostraron que la carga es mayor en los animales superiores, y menor en las formas de vida primitivas.

—¿Y entre los humanos?

—Hay una diferencia; mientras en los animales la energía inicial se mantiene casi igual durante toda la vida, entre los hombres la cantidad de potencia aumenta a medida que crece; sin embargo, no es la edad lo que determina el aumento, sino el género de carácter que adquiere.

—¿Y qué poder tiene esa carga «eléctrica»?

—Unos 500 «voltios», pero la cantidad de energía almacenada en el cuerpo de un individuo, depende de su elevación intelectual y moral; hemos observado que entre los hombres toscos, ignorantes, de inteligencia lenta, amorales, criminales de toda especie, locos e idiotas, esa energía es muy baja.

—Resultaría que andan ustedes buscando el secreto de la vida y la muerte... pero en realidad tras las huellas del alma... o lo que entendemos por ella.

—Eso creemos nosotros en vista de la regularidad de los fenómenos observados; y podemos decir qu eandamos en busca del alma, cuya existencia provocara y provoca tantas discusiones y teorías, y que la ciencia positiva, niega. Esa energía misteriosa que aparece con la vida y desaparece con la muerte, ¿de dónde viene? ¿Cómo llega? ¿A dónde va? Si es una energía, no puede desaparecer totalmente... Cuando deja de existir en un cuerpo, debe trasladarse a otro... o transformarse. No le podemos responder. Ahora construímos un aparato solidísimo para medir y registrar esa energía,, sin necesidad de tocar al cuerpo, como hasta ahora; nos basamos en la teoría, bastante aceptada, de que cada individuo posee un «aura». Hace unos cuarenta años, el Dr. Baraduc hizo experiencias con las formas y la intensidad lumínica de esac «auras», llegando a formar un catálogo capaz de procurar principios infalibles para el diagnóstico de varias enfermedades.

... Y pasó por un caminito... y pasó por otro. ¡Esto es todo lo que puedo agregar!

El Partido Comunista y la unidad de ùltimo cuño

I

Reunión convocada por el P. C. en la mayor sala del Café Borios, de Toulouse, invitando a todos los «antifranquistas» a una reunión de unidad. Son las nueve de la noche, hora de empezar, y no hay nadie. A las nueve y media, hay diez asistentes. A las diez, son 16. Magna concentración de masas para el mastodónico P. C.

Llegan, por último, cuatro jóvenes libertarios, los cuales, a título de espectadores curiosos, toman asiento en la sala, no sin antes verse discutida su admisión. Tan pronto se hubieron acomodado los recién llegados, el presidnete abrió la sesión.

II

Discurso del presidente de mesa: «La guerra de España no la habríamos perdido sin la traición de Casado. Los socialistas de Prieto son unos inocentes por haber pactado con los monárquicos». Buen principio de discurso para una reunión de unidad.

Luego, como si fuese algo suyo, espetó a los asistentes buena parte del discurso que Vicente Uribe pronunció en junio pasado. Repetición de lugares comunes, fechas y datos. No podemos por menos que felicitar desde aquí, discurso tan «inédito».

Terminó diciendo que cedía la palabra a quien quiera que fuese para tratar la cuestión de la unidad. Aseguró que todas las opiniones serían respetadas y que se discutiría con alteza de miras.

III

Silencio en toda la sala. Diez minutos, reloj en mano, de un pesado silencio, durante el cual sólo se veían codazos de uno a otro y se oían voces tenues, diciendo:

«Habla tù» o «No, tú».

A un lado de la sala, cuatro jóvenes libertarios contenían la risa ante tal espectáculo. ¿Quién podrá negarles ahora la capacidad oratoria del P.C.? Todos se pelean por hablar...

Silencio y más silencio...

IV

¡Por fin! Un comunista (¡cómo no!) rompe el silencio. ¿Qué nos dirá? Habla durante cinco minutos. ¡Oh decepción! Repite, en términos parecidos, el discurso del presidente. Ni un concepto más, ni un concepto menos.

Termina su intervención con un suspiro de satisfacción. ¡Cuán convencido está de haber dicho «sus verdades», las del Partido. Qué bien se está cuando se sigue la línea del Partido, ¿verdad?

V

Luego, silencio y más silencio. A pesar de la insistencia con que el presidente pide se manifiesten los reunidos, todo el mundo se calla. En verdad, ¿para qué van a hablar? El Partido no ha dado otras instrucciones que las ya cumplidas. ¿Quién se atrevería a salirse de la línea de lo ya dicho?

A un lado de la sala, cuatro jóvenes libertarios siguen haciendo esfuerzos para contener la risa.

El presidente, nervioso ya, se dirige a esos jóvenes y les invita a manifestarse .

Uno de ellos acepta la invitación. Expectación y ruido de sillas. Dieciséis pares de ojos se dirigen hacia él. ¿Qué nos dirá?

VI

«En verdad—empieza diciendo—no quería intervenir hasta haberme ambientado, pero ya que insistís, pues nadie pide la palabra, desearía me aclararáis un concepto, pasando ya por alto lo que decís ser historia del fin de nuestra guerra. Ante todo os diré que hablo a título personal y no como afiliado a ningún partido u organización. Y luego os pregunto a vosotros, que os desvivís por la política: ¿Qué diferencia hay entre la posición actual de Prieto con los monárquicos y la vuestra con los mismos en 1944, cuando la tristemente célebre Unión Nacional Española?

Para mí—que soy apolítico—tan despreciable es la posición actual de Prieto como la vuestra de entonces.

VII

La respuesta fué inmediata y contundente. Ved sino: «Los monárquicos vinieron a la U.N.E. aceptando el programa republicano inspirado por el Partido Comunista, mientras que Prieto va a arrodillarse ante los monárquicos».

Pero la contrarrespuesta tuvo la virtud de ser tajante y definitiva por cuanto no tuvieron argumento válido para deshacerla: «Existe una ley matemática que también podemos aplicar en política: el orden de factores no altera el producto. Para mí, terminó diciendo el joven libertario, es igual que los monárquicos pacten con vosotros o que los socialistas pacten con ellos. El hecho real es que los dos habéis ido del brazo por la calle. Además, es inútil hablar de unidad con la única finalidad de reforzar un gobierno republicano en exilio, ya que éste no hará nada positivo que permita la liberación del pueblo español, como tampoco lo hicieron los que hubo anteriormente a éste. La unidad debe hacerse en la calle, con las armas en la mano, como se hizo en octubre 1934 y en julio 1936. ¿Se necesitó entonces un gobierno entonces para hacer la unidad? Tampoco lo necesitamos ahora».

VIII

El único elemento que dijo no ser comunista, aparte los cuatro jóvenes aludidos, afirmó pertenecer a la C.N.T. política y defendió su posición unitaria con términos que le clasifican entre los «buenos militantes». Hablando de la A.I.T. dijo «nuestra Federación Mundial». Terminó afirmándose confederal, aunque no libertario. Excusamos reseñar sus sandeces. Para muestra ya dejamos dos botones. (Nos dió su nombre para que nos informáramos sobre él, pero no hemos encontrado quien le conozca. Quizás sí en su casa y posiblemente en el P.C., pero no en nuestros medios.)

IX

La reunión terminó votándose por 16 votos (15 comunistas y un dudoso) contra el voto de protesta y contrario de los cuatro jóvenes libertarios, una proposición pidiendo la representación de todos los partidos y organizaciones en el gobierno español en exilio. (Por nuestra parte os regalamos el ministerio que nos corresponda.)

La proposición de unidad revolucionaria propuesta por un compañero, ni la pusieron a consideración. ¡Viva la unidad!

Como suponemos que «Mundo Obrero» nos tocará otro disco con relación a esta reunión, nos anticipamos a ellos con esta reseña fidedigna.

Antena.

Sinfonia: La Revoluciôn

Por J. Capdevila

CREPUSCULO DE AMARANTO

Marcha, marcha...

Cabello negro, en mechones rizados, encrespados; flamígeros por los rayos horizontales del astro.

Erguido, la frente alta; playa bañada por la brisa del ensueño, donde baten sus alas las gaviotas de la esperanza.

Sus ojos fulgurantes—dos tizones encendidos azuzados por aguilones pasionales—tienen irisaciones raras: sonrisa irónica y heroica de Gioconda; matizada, enigbática ,policroma.

Desafío bravo. El desprecio atenuado el odio.

Destellos en que se confunden la amargura y la ilusión.

Flujos de platinada alegría, alternando con reflujos de sombría tristeza.

Juntas las manos– manos nudosas, manos nervudas, manos callosas—, aprisionadas por dos anillos de acero inoxidable; entre dos corchetes a cada flanco. marcha altivo el Libertario.

¡Alto!: gruñen al girar sobre sus goznes—perezosas—, las puertas de hierro forjado que se abren. Y gimen con pesadumbre, con más premura, al cerrarse

Murallones parduzcos de la cárcel con pinceladas de snagre.

Sobre el mirador, enhiesto, el centinela. Fulgores de machete y reflejos del tricornio: un mercenario.

Un rugido sordo, ahogado en la garganta. Una saeta aguda que nace en los repliegues del alma. Y distintiva, dentro del antro, el eco de una voz de mando: la voz del sicario.

* * *

Por las calles circundantes, solitarias, avanza cauteloso, orondo y orando, breviario en mano, el vicario. Mientras tañen el lúgubre Angelus, las campanas herrumbrosas del campanario.

CRESPON NOCTURNO

Sobre la tarde herida de muerte, cae suave, mientras expira, el telón nocturno de terciopelo negro.

Esquilo sopla sobre la ciudad tenebrosa, por los cuatro lados. Mientras por las calles silenciosas, fétidas y tortuosas unas, simétricas y aireadas otras, se deslizan sigilosos, los reptiles religiosos.

Se introducen por las casas afanosos de conquistas terrenales, y con máscaras ascéticas, invocan demiurgos celestiales.

Aquí arranca la púber doncella a la vida libre, laboriosa, exhuberante, para remozar la recua del serrallo de sus sultanes. Cántanle virtudes masoquistas de vírgenes ejemplares; mientras voluptuosos acarician los granos de su rosario.

Allá, postrado y tembloroso, yace sobre su jergón roído, el pernicioso avaro. Vuelan anatemas fulgorosos como rayos, y pasan, por los ojos extáticos del moribundo ,su cruz de plata amenazante... cual puñal de apache, Y dura, continúa el sortilegio-sacrilegio, hasta que a cambio de una promesa... suelta Shylock su presa.

Van y vienen; se cruzan, se entretienen: cada uno con el botín codiciado.

Flagelos, tormentos de almas, roen las raíces y el cuerpo se viene abajo.

* * *

Sanguijuelas en el estómago, el niño muerde sus puños, solloza la madre al contemplar sus pechos escuálidos, y temblorosas sus carnes clácidas, frunce el ceño, invoca e impreca, el padre. Pasan por su mente pensamientos raros, justicieros, bravos. Y obsesionado sale a la calle...

En la primer esquina, dos descargas cerradas—salivazos de plomo y fuego—le cierran definitivamente el paso. Por la calle vecina pasaba, escoltado, un viático.

* * *

Asoma la luna, tímidamente, su lívido rostro, bordando de oro vaporosas montañas de gases. Y al mirar la ciudad en tinieblas, pasmada de miedo, cubre su faz, ultrajada.

TEMPESTAD

En las aguas pútridas del estanque, rodeado por una maleza de juncos y sauces, las ranas, con voces raucas, parecen cantar los responsos a la urbe agonizante.

Y de las praderas vecinas, agostadas por la canícula, orquestan estos cantos monótonos, las flautas de los grillos. Mientras, una tras otra, las luciérganas encienden un cirio.

Y de pronto, un rumor sordo y lejano altera el silencio nocturno. Y avanza, avanza...

Bandas de guayanas parecen cruzar los aires.

Al borde del estanque, las flexibles ramas del sauce, parecen fustigar ea agua encharcada; mientras se balancean rumorosas, las copas frondosas, en los encinares.

La tormenta va cobrando auge.

Un latigazo eléctrico cae sobre el lomo de celestes cuádrigas, furiasas y jadeantes; y el vozarrón del arriero, jurando, retumba en el valle cercano.

En este momento, del fondo de unas grutas, protegidas por enormes rocas y espesos matorrales, surgen en tromba, las legiones libertarias de Espartacus que, avanzando sobre la ciudad dormida, atacan por los cuatro flancos.

Decididos, bien pertrechados, veloces y temerarios—como llevados por nerviosos corceles árabes—, avanzan vertiginosos... Ya cruzan el riachuelo seco... Ya alcanzan los arrabales. De las cuevas, barracas y chamizos—las moradas de los mismos parias—salen, para abrazarlos, multitudes fervorosas con armas rudimentarias.

¡Supremo espectáculo! El pueblo desparramado por las calles, majestuoso y bravo.

Mas, es feroz, y aún incierto, el combate.

Sorprendidos, acorralados en los templos y los palacios, en el convento, el cuartel y el seminario, arrojan metralla mortífera sobre el pueblo, los potentados.

Y contestan furiosos, con bombas y gasolina, son dinamita y plastic, los desheredados.

Infernal concierto, como orquestado por Wagner...

Crujen, por fin se abren, para jamás cerrarse, las puertas de la cárcel, y brincan los presos de su pétrea jaula como tigres de Bengala.

Las llamas, como sierpes de fuego, asoman su áspid por terrazas y tejados; se enroscan en los torreones. Lamen, besan, abrazan lascivas y voraces las cúpulas y minaretes, bailando exóticas zarabandas capaces de inspirar a Falla otra danza consagrada...

* * *

Tras lucha enconada, cae la caverna castrense y se decide el combate. Vuelan cruces y medallas, guerreras, amuletos y escapularios.

Chamuscadas las alas, las pupilas deslumbradas, se rinden temblorosos los murciélagos eclesiásticos mientras huyen por las infectas cloacas, las inmundas ratas feudalo-aristocráticas.

Ya la tempestad se calma. De las frentes sudorosas y del cielo enternecido caen abundantes gotas de agua; mientras llega a su cénit la euforia del pueblo liberado...

* * *

Al rayar el alba, pertrechado en el minarete de su palacio, tira el prelado su última ráfaga, atravesando los senos púberes de una zagala que intentaba cruzar la plaza. Unas «hermanas» que rodean al ilustre mitrado sueltan una carcajada, saludando así su última hazaña. Arrodilladas, besan luego su estola y entonan un cántico a la Virgen Madre.

ALBORADA

El Pueblo soberano delibera.

Aquí y allá suenan estrofas subilmes de ideales magnánimos.

Desde las gradas del atrio,

Un viejo con luengas barbas, desgrana pensamientos profundos con voz temblorosa !que sale de sus entrañas, ante una muchedumbre callada:

«Ha de ser nuestra conciencia,
Nuestro juez y nuestro gendarme.
La verdad desnuda y sencilla,
Las razones serenamente contra-
[tadas
Las únicas armas de nuestro com-
[bate.

Porque no hay errores que enmendar no pueda.

Ni faltas irreparables; ni meta o escollo insuperable; cuando el hombre libre de prejuicios y trabas, movido por nobles resortes su voluntad apalanca.

Se han tirado muchas togas, muchas levitas; muchos hábitos se han colgado ostensiblemente esta mañana. Pero ¡ay, que no os deslumbren las apariencias; quedan otros arraigados, como tentáculos, al alma humana.

¡Volvamos, volvamos a toda prisa a aquellos tiempos felices, tiempos de oro, a que alude en el Quijote, el genial Cervantes!

Porque es el egoísmo y la egolatría, las fuentes ponzoñosas, donde se abrevan los tiranos.»

* * *

Hay arrullos y amoríos en las zarzas del camino vecinal.

Rima la alondra un triste poema, que es un alarido, sobre su nido destrozado por la tempestad.

Y en el frondoso peral, un ruiseñor eufórico, lanza arpegios al aire loando a la libertad.

Y es un beso inefable, cuando d ela campanilla, en el feraz ribazo, sus niveos labios se abren.

Mientras la noctámbula margarita se despereza ojerosa, y pestañea, coqueta, al astro su amado ideal.

Cual gacela plateada, salta alborozada por barrancos y peñascos, el riachuelo rumoroso que baja de la montaña. Y allá en el valle, sobre su verde tapiz, triscan las ovejas de dos rebaños abandonadas.

Recostados al pie de un álamo, el pastor y la pastora olvidan sus carneros. Es que se cantan la eterna, la milenaria, canción de Eros, curvas notas son los besos voraces, los suspiros agudos y las miradas lánguidas.

Hasta que, embriagados por el efluvio de sus carnes, caen sobre un lecho nupcial que Natura ha improvisado. Lecho de tupido musgo, verde retama y hojas aúreas, desprendidas del álamo...

* * *

Allá a lo lejos, unos labriegos cantan. Van trazando surcos anchos, profundos, muy largos; pasando por encima de estas fronteras rurales que son las márgenes.

Las jóvenes libertarias

Las he visto, por primera vez en los pocos días que llevo en el exilio, con motivo de lacto de afirmación libertaria y de protesta viril contra la España franquista, celebrado en Toulouse, el 17 de julio.

Con el singular donaire de la mocita española, como aquellas de la España confederal y anarquista que compartieron con nosotros, en nuestros mejores años de lucha y de vida, las gestas gloriosas de la Confederación y de los Ateneos Libertarias, han desfilado ante mis ojos, con sus melenas rebeldes y el emblema rojo y negro, postulando para los presos de España.

Se han hecho mujeres en la Francia de Voltaire y Rousseau, de Hugo y de Zola y, sin embargo, llevan el sello inconfundible de la raza hispana, de la rebeldía indómita de Andalucía y Castilla, de Levante y Cataluña.

Atravesaron la frontera en avalancha esquivando la muerte que el fascismo español-italo-alemán, iba sembrando por doquier, con la complacencia vergonzosa de gobiernos democráticos para ludibrio y escarnio de los principios que blasonaban defender.

Traían el germen, la semilla revolucionaria de Salvochea, de Sánchez Rosa y de Lorenzo, y haciendo honor a sus muertos y a las tragedias vividas, no se han afrancesado, no se han dejado asimilar por lo «chic» ni por lo «snob», ni por el ambiente zaño, vulgar y ridículo de un medio social decadente.

Estas mocitas que yo he visto de melenas al viento, de paso firme, de sonrisas naturales, de miradas profundas pletóricas de añoranzas y penas, enardecidas y valientes, gritando, ¡compañeros, acordáos de los presos de España; acordáos de los enfermos y de los caídos!, no pueden ser otras que las hijas de la verdadera España, las hijas de mi tierra serrana y bravía, la de los campos rojos de amapolas, la de los surcos paralelos, las que respiraron el primer llanto de la aurora del 19 de julio, al glorioso movimiento anarco-sindicalista triunfante...

Fueron sus cunas las Colectividades de la C.N.T., de la F.A.I. y las Universidades de la F.I.J.L.

Canciones y banderas libertarias que atronaban el espacio y ondeaban en los picos y torres más altas del solar ibero, impresionaron todo su ser infantir de tal manera, que hoy las vemos aquí, a través de los años, con la cabeza erguida, airosas y desenvueltas, sin coquetería banal, embellecidas por la lucha y el sacrificio en defensa del hermano, del padre, del compañero caído que sufre todavía en la España inquisitorial, los implacables hierros del presidio.

Antonio Durán.

Toulouse, julio del 49.

Jira al Rhone

El Comité Departamental de S.I.A. del Rhone, organizar una jira para el día 7 de agosto, al margen izquierdo del río Rhone, en Givors, a la cual se invita a todas las Secciones de S.I.A. y en general a la C.N.T. de España en el exilio y a la F.I.J.L.

Compañeros: Contamos con vuestra presencia para pasar un día agradable en familia y completa armonía.

Alrededor de una «incitación a la filosofía»

Algo sobre la acciôn

El compañero Pou, en el número 199 de RUTA, a la vez que brinda a su maestro (¿y por qué no nuestro también?) E. Carbó, que escriba para los jóvenes, hace un requerimiento, extensivo a todos, al efecto de que nos esforcemos en enriquecer ese gran Diccionario vocabulario de nuestras ideas y aspiraciones sociales.

Intentemos, gustosos, improvisa ralgo sobre el particular.

La palabra **Acción**, es empleada con mucha frecuencia en el léxico corriente, «conviértase la palabra en acción» o «pasemos a la acción». «La acción pesa, la palabra vuela», dice un pseudo revolucionario, no sabemos con qué fin ni a qué efecto. De lo que sí estamos seguros es de que, en cualquiera de estos casos, la interpretación que se da a la palabra acción, por impremeditada, no responde a su sentido propio.

Dejar de hablar para dedicarse a otra cosa, no es ni más ni menos, que dejar de verificar una acción por otra. A saber: la acción a la cual se refiera el expresante.

De igual forma, admitiendo la abstracta afirmación de que la palabra «vuela» mientras que la acción «pesa», no podemos por menos que identificar la acción del vuelo con la hipotética acción que nos habla el pseudo revolucionario.

Larousse nos dice que la palabra acción significa el «ejercicio de una potencia», en cuyo caso nos vemos en la ineludible obligación de atribuir a la frase «potencia» ilimitada significación, puesto que todo, absolutamente todo lo existente esta sujeto, irremisiblemente, a una acción transformatoria de otra cualquiera.

Pasando a otros aspectos de la cuestión, señalaremos que, con frecuencia, oímos decir en nuestros medios: «Fulano es un excelente compañero, pero para la acción no vale». Lo que nos sugiere la siguiente pregunta: ¿No estaría mejor, más indicado, decir, por ejemplo, Fulano, por su apacible temperamento y perseverante labor educativa, es un dilecto compañero? Porque no hay que confundir la acción con la violencia.

Los jóvenes libertarios, émulos natos de la cultura, deben esforzarse por aplicar el sentido exacto de las palabras, esto es, por conocer nuestra lengua y mejorarla dentro de una corrección constantemente innovadora.

Naturalmente, habrá quien diga que, en sentido figurado, la palabra acción, por su elasticidad, puede ser aplicada a no importa qué y que, por consiguiente, las disquisiciones en este sentido huelgan. Y, más todavía, por aquello de «nil novi sub sole».

No obstante, podemos rigurosamente afirmar que la palabra acción es, a menudo, confundida, mal interpretada y peor expresada.

Veamos, para terminar este somerísimo examen—si bien apartándonos, en parte, del tema en su fondo—algunos variantes sobre la acción buena y mala.

La acción directa, inspirada en el anarco-sindicalismo, es enérgica y constructiva. La acción marxista, inspirada en el recoveco o en el convencionalismo, es sinuosa y destructiva.

Para que una acción perdure en la mente y el corazón humano, es preciso que revista todos los rasgos del más sublime heroísmo. Los mártires de Chicago, Ferrer Guardia, Bakunin, Salvochea, han transmitido a la posteridad acciones ejemplares, a las cuales conviene ajustar nuestra conducta si queremos llamarnos, con propiedad, revolucionarios.

Una de las acciones más loables consiste en entregarse por entero y desinteresadamente, a la defensa de una causa que se considere justa—que en este caso ha de ser la anarquista—y morir, si es preciso, defendiéndola.

Asimismo se puede decir que practicar el bienn es la acción más ennoblecedora. A ella, a dicha acción debemos dedicarnos todos con ahinco, aunque no «sin mirar a quién», ni sin mirar cómo, puesto que toda acción que aspire a ser magna, es preciso ejercerla con miras altruistas, de cara al bienestar común y, si posible, a través de una asociación de esfuerzos y voluntades.

Es la acción un arma de múltiples filos, conviene saber emplearla.

En el terreno revolucionario, la acción no admite puntos muertos, ni altos en el camino. En este caso se convierte en inercia y favorece al enemigo.

Casto Ballesta.